

Emerantine Bailly: una educadora de Santiago y de Cuba

María Cristina Hierrezuelo Planas

Fue la educación uno de los sectores en el que los inmigrantes franceses —llegados a Santiago de Cuba como resultado de la Revolución Haitiana—, tuvieron un desempeño de trascendental importancia. En el propio siglo XIX, un testigo de la época hizo referencia a las muchas señoras francesas que establecieron escuelas de dibujo, de bordado y de su particular idioma, y otras que enseñaban la geografía, la música y el baile. Resultaron de estas enseñanzas excelentes discípulas en cortesía y el modo de presentar el pie para lucir el primoroso calzado, y hubo otras, que se dedicaron al ejercicio del piano (Callejas, 1911, p. 68).

Quien legó el expresado testimonio, se refería a las francesas blancas que, desde comienzos de la centuria decimonónica, crearon establecimientos destinados a las jóvenes de su misma condición racial que, además, tenían en su haber ser miembro de familias adineradas. Algunos de ellos con el nombre de *maisons d`éducation* o casas de educación. Existían en Francia e hicieron su irrupción en París en el último tercio del siglo XVIII y cuyo referente fueron las boardings schools, surgidas como una necesidad de la burguesía inglesa, inconforme con el sistema de enseñanza de los colegios existentes, a los cuales asistían los miembros de la nobleza (Hierrezuelo, 2013, p. 57).

Las propuestas educativas de las casas de educación fundadas por las francesas, perseguían el propósito de formar a la criolla blanca de élite, retratada y ensalzada por los viajeros que visitaron la ciudad. Tal fue el caso de la estadounidense Caroline Wallace, a la altura de la década de 1860, la percibió sin muchas dotes intelectuales, pero sí artísticas, con habilidades naturales para la música por lo que eran muy buenas ejecutantes. Destacadas en todas las virtudes sociales, poseían una conversación encantadora y maneras cordiales y afectuosas que las volvían fascinantes (Wallace, 2005, pp. 61-62).

Las jóvenes con ascendencia africana y las que no presentaban esa característica étnica, pero carecían de suficientes recursos económicos para abonar las pensiones exigidas por los colegios, tenían como alternativa asistir a las llamadas “escuelas de amigas”, “amigas” o simplemente “migas”. Se trataba de pequeñas escuelas que funcionaban en los barrios donde por un módico precio las niñas aprendían Doctrina cristiana, Lectura, Escritura y especialmente las llamadas “labores propias del sexo” consistentes en clases de costura, bordado, tejido, etc. Estaban destinadas especialmente a las niñas, aunque no era extraño que en ocasiones también asistieran niños. Surgieron en España y en el caso de Santiago de Cuba, su nacimiento se ubica en la segunda mitad del siglo XVIII.

En esas circunstancias contextuales, la parda francesa Emerantine Bailly, natural del Guarico, creó una escuela para niñas cuyas características permiten definirla como una de las llamadas “amigas”. En el currículo figuraban clases de Doctrina cristiana, Costura, Escritura, Gramática francesa y Aritmética. El establecimiento fue inaugurado el 7 de marzo de 1818 y cerró sus puertas en el año 1856. Estudiar su funcionamiento, en término de las propuestas educativas e instructivas que esa singular educadora puso a disposición de las niñas y jóvenes santiagueras, así como de las características sociorraciales y económicas del alumnado. Esta clase de educación permite develar la envergadura de la labor desplegada por esta singular mujer, en tiempos en los cuales el origen social, y de forma particular el color de la piel, determinaban la ubicación social de los individuos y con ello la posibilidad de acceder o no, a un derecho inalienable como es la educación.

Un aspecto que llama poderosamente la atención es que en las condiciones de un enclave colonial español como era Cuba, la Gramática francesa figurara en el currículo inicial del colegio no así la Gramática castellana. La ausencia de esa asignatura se mantuvo hasta que, treinta años después de haber sido fundado el centro, debido a los señalamientos que las autoridades educativas de la ciudad formularon en una visita que hicieron al establecimiento, comenzó a ser impartida en 1849. La clase se puso a cargo del profesor don Esteban Borrell. El aspecto religioso tuvo un tratamiento similar. Parece que la formación de las educandas en las prácticas establecidas por la institución católica no constituía una prioridad para la directora. Tal vez en la base de esa actitud se encontraba que ella misma no era una practicante ni disciplinada ni furibunda o que se inclinaba a algún credo protestante o a la práctica del vodù. Lo

cierto es que ante las exigencias de las autoridades educativas, comenzó a prestarle mayor atención a la Doctrina cristiana.

A partir de esa decisión, la escuela de madame Emerantine adquirió el carácter de centro bilingüe, aspecto que en sentido general distinguió a los establecimientos franceses. Es válido señalar que, en las condiciones de la sociedad santiaguera de la primera década del siglo XIX, cuando se dieron los primeros pasos en esta práctica, el carácter bilingüe de la educación impartida por los profesores franceses acepta varias interpretaciones. Una de ellas es su carácter de novedad pues significaba el aprendizaje de manera escolarizada de una lengua viva en contraposición con el monopolio que el Latín había ejercido en la instrucción de niños y jóvenes. Este actuar constituyó, además, un paso importante en la modernización de la enseñanza. Igualmente, expresaba y se correspondía con la interpenetración lingüística existente en la ciudad. Característica propia de los conglomerados humanos donde convergen individuos con idiomas distintos, cuyo saldo fue de provecho para ambos grupos, porque tanto los franceses como los santiagueros necesitaban aprender el idioma del otro.

Los elementos expuestos son válidos para la escuela de Emerantine Bailly; pues en la matrícula del establecimiento, abundaban las niñas y jóvenes para quienes la lengua francesa no resultaba ajena ni a sus raíces ni a su cotidianidad. Esta presunción se sustenta en el hecho de que la escuela radicaba en el Tivolí, barriada donde hubo un significativo asentamiento de francoinmigrantes; a lo cual se une que surgió bajo el nombre de “Escuela francesa de primeras letras y costura de niñas”. Apelar a la lógica más elemental permite aventurar que, para Emerantine Bailly la enseñanza de la lengua castellana no revestía ninguna importancia y por tanto no lo consideraba necesario. Sin embargo, la dinámica social y el criterio oficial en cuanto a la importancia de la lengua del imperio, se impusieron.

En el contexto de la sociedad colonial, desde las postrimerías del siglo XVIII, la práctica segregacionista entre negros y blancos se visualiza en maestros y profesores que se dedican a educar a individuos de su misma raza aunque, el establecimiento dirigido por Emerantine Bailly requiere un análisis particular.

Un elemento a destacar es que la matrícula correspondiente al año 1849, estaba conformada por un total de 25 niñas de las cuales 18 eran pardas y siete, blancas. En lo concerniente al aspecto económico, 15 de

las primeras y seis de las últimas pagaban estipendio. A juicio de la investigadora Provencio, las educandas mulatas “pertenecían a capas medias urbanas de color, libres, propietarias de negocios, que habían ido surgiendo al amparo de la diversificación de las actividades urbanas, o eran propietarias de haciendas cafetaleras o de vegas de tabaco” (Provencio, citado por Hierrezuelo, 2013).

La educanda Isabel Leonela Ferrier, aporta veracidad a los aspectos señalados. Según se registra en un documento conservado en el Archivo Histórico Provincial de Santiago de Cuba, ella era hija legítima del legítimo matrimonio formado por Pedro Ferrier y María Josefa Marsilly Bataille, mulatos descendientes de inmigrantes llegados a la ciudad oriental procedentes de Saint-Domingue. Los abuelos maternos de Isabel Leonela —Francisco Marsilly e Isabel Bataille—, eran dueños de una hacienda cafetalera que tenía una extensión de cinco caballerías de tierra y una dotación de 24 esclavizados. Poseer estos bienes posibilitaba abonarle a Emerantine Bailly la pensión que exigía a cada pupila y que ascendía a la suma de 104 pesos anuales.

Resulta válido señalar que la caracterización social y económica de siete de las educandas que en 1849 integraban la matrícula y costeaban sus estudios, ayuda a inferir que a esta escuela concurrían educandas que, por razones difíciles de acreditar. Contaban con la protección de un hombre blanco, francés, económicamente solvente —como fue el caso de una de ellas llamada Emilia Peillon—, o eran fruto de la relación amorosa sostenida entre un individuo portador de las características ya señaladas y una mujer negra libre o esclava. Esa era la situación personal y familiar de Eugenia Bourzac, Cristina Fourticot, y las dos parejas de hermanas formadas por Juana y Virginia Gevrouin, y Josefina y Cecilia Corbín.

Aunque en todos los casos se trataba de jóvenes que contaban con una determinada solvencia económica, las hermanas Gevrouin disponían de los mayores caudales. Hijas naturales del hacendado Carlos Antonio de igual apellido y de una esclava llamada Lucía a quien el padre manumitió de manera graciosa, cuando el progenitor falleció, cada una de ellas recibió una herencia superior a 30 mil pesos. En segundo lugar, se encontraban las hermanas Corbín. Con un origen familiar análogo al de Juana y Virginia, recibieron una herencia superior a la suma de 20 mil pesos (Hierrezuelo, 2013, pp. 108-111).

La presencia de esas jóvenes mestizas en la escuela de Emerantine Bailly, se corresponde con la actitud asumida por la comunidad mulata

gala de alcanzar una ilustración que la distinguiera de los mulatos criollos. En ese centro ellas tenían la posibilidad de recibir una instrucción que, si bien no se igualaba con la brindada en centros emblemáticos de la ciudad dirigidos por francesas blancas como era el de doña Juana Pelet, iba más allá de los mínimos rudimentos regularmente impartidos en las “escuelas de amigas” existentes en la ciudad.

En lo concerniente al aspecto instructivo, los resultados alcanzados en los exámenes generales de 1849 patentizan su integralidad y su favorable situación. Las educandas —entre las cuales estaban las siete ya mencionadas en párrafos anteriores—, hicieron gala de sus habilidades manuales y con ello de la preparación que estaban recibiendo para cumplir cabalmente con el rol de ama de casa. Presentaron chalecos, camisas y otras prendas de ropa junto con obras de rejillas y curiosos bordados. En ese sentido, de manera explícita, fue reconocida la proyección alcanzada por la escuela en la formación maternal y hogareña de las educandas al informarse que “la directora [...] conoce bien sus deberes y trata de llenar su misión propendiendo a que sus discípulas puedan algún día ser verdaderas madres de familia”. En lo concerniente a la preparación intelectual, las educandas escribieron al dictado cuanto se les indicó, e hicieron análisis adecuados en Gramática castellana y Gramática francesa. El desempeño fue similar en la asignatura Aritmética: leyeron todas las cantidades que les dictaron, y resolvieron los problemas que les fueron orientados (Hierrezuelo, 2013, pp. 110-111).

En el universo formativo proyectado por Emerantine Bailly, la asignatura Gramática Francesa revestía el objetivo de potenciar y arraigar en las alumnas su ascendencia gala. La detección de distintos esquemas de comportamiento en algunas de ellas, contribuyen a sostener la existencia de tal propósito. Para ejemplificar lo dicho vale decir que tanto Virginia Gevrouin como las hermanas Josefina y Cecilia Corbín solían firmar con sus nombres en francés; es decir: Virginie, Josephine y Cecile. Esta conducta puede estar indicando que para las tres resultaba común comunicarse en idioma francés. En cuanto a Juana Gevrouin, sus vínculos personales con Francia revelan su relación con ese país y su cultura. En 1850 contrajo matrimonio con don Luis Salomé Devaux, santiaguero de ascendencia francesa, con quien procreó un hijo que nació el 10 de junio de 1851 al que puso por nombre Luis Alberto.

Un tiempo después del nacimiento del bebé, la joven madre enviudó y con posterioridad se casó en segundas nupcias con el francés don Casimiro Bière con quien se radicó en Francia, en la ciudad de Burdeos. En

un testamento dictado en el año 1854, declaró hallarse en estado de buena esperanza y expresó el deseo de que el hijo que estaba esperando, así como su primogénito se educaran en aquél país europeo. La aspiración de Juana se cumplió. Cuando el 4 de agosto de 1862 don Luis Bernardo Devaux, abuelo paterno de don Luis Alberto, dictó su testamento, expresó que su nieto, quien entonces tenía 11 años de edad, residía en Francia. María Leonela Ferrier asumió una decisión similar: en la década de 1860 se radicó en la ciudad de París donde previamente lo había hecho María Josefa la madre.

Para entonces la escuela de Emerantine Bailly había dejado de funcionar. Las recomendaciones formuladas por las autoridades que visitaron el centro en diciembre de 1856 permiten vislumbrar que la educadora estaba en vísperas de poner fin a su actividad. Los visitantes aludieron a la suma pobreza en la cual vivía la directora no le merecía pagar profesor alguno de los ramos más necesarios de la enseñanza pública. Consideraban la pertinencia de que la Junta Provincial de Instrucción la estimulara por los medios que estaban a su alcance y le ofrecieran alguna subvención para pizarras, libros, muestras caligráficas, etc., obligándole a la enseñanza de los principios de Religión y Moral, Aritmética y Gramática castellana.

La ocasión fue aprovechada por los señores integrantes de la comisión para dejar constancia de la importancia que el centro dirigido por Emerantine Bailly revestía para la ciudad. Desde su punto de vista, la escuela era de suma falta porque en ella se daba educación a las jóvenes pardas libres de casi toda la barriada del Tivolí, que bien necesitaba Santiago de Cuba se les moralizara y se les enseñara a trabajar en las labores propias de su sexo, evitándoles así la ocasión de que se degradaran y prostituyeran.

Este criterio empalmaba con el que, en las postrimerías del siglo XVIII, movió a los miembros de la Sociedad Patriótica de Amigos del País cuando proyectaron la creación de una escuela para niñas en la ciudad oriental. En la propuesta se distinguían las bases genéricas y raciales sobre las cuales fue instituida la educación en Cuba. En ese establecimiento, las niñas aprenderían costura, bordado, hilar en torno, así como tejer medias, encajes y guantes; pero en el caso del que se destinara a las pardas y morenas, que debían estar separadas de las niñas blancas, se tejería igualmente el hilo, pero también, todo útil de yarey, y demás ejercicios acondicionados a su calidad.

Los elementos planteados ponen al descubierto la importancia de la labor desplegada por la parda francesa Emerantine Bailly. La larga andadura de su establecimiento que se extendió por casi cuatro décadas, y las características de la enseñanza que brindó a las jóvenes santiagueras, especialmente a aquellas cuya ascendencia africana las privaba del derecho a asistir a los colegios de excelencia existentes en la ciudad, constituyen razones suficientes para considerarla una figura imprescindible dentro de la historia de la educación en Santiago de Cuba y en Cuba.

Referencias bibliográficas

- ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL DE SANTIAGO DE CUBA. (AHPSC). (1848). *Juzgado de Primera Instancia*. Legajo 654, exp. 8.
- CALLEJAS, J. M. (1911). *Historia de Santiago de Cuba*. La Habana: Imprenta La Universal.
- HIERREZUELO PLANAS, M. C. (2013). *La labor de los educadores franceses en el contexto educativo de la ciudad de Santiago de Cuba (1803-1868)*. (Tesis de doctorado). Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, Cuba.
- WALLACE, C. (2005). *Santiago de Cuba antes de la guerra*. Santiago de Cuba: Editorial Oriente.